

la góndola se desliza sobre el agua y se pierde también, como la parada hilera de los monjes; solo se oye el golpear de los remos y el crujir de los tablones: las violas y las almas van dormidas.

* * *

Para sentir la honda tristeza que produce el aspecto de un claustro abandonado, hay que ver los conventos pobres y lejanos. Sin embargo, en plena ciudad y en plena vida, he encontrado un claustro conventual, tan austero, tan triste y tan sombrío como era cuando los frailes le habitaban. Hay en la calle de la Independencia, frente á Gante, cierta casa que ocupa una extensión considerable de terreno y llega hasta el jardín de San Francisco. Para dar luz á la escalera y al pequeño patio, no hicieron los propietarios más que echar á tierra la parte superior del muro principal, convirtiendo la fachada en algo que pudiera llamarse un arco boca arriba. Desde la calle se ven las escaleras por donde suben y bajan los vecinos y en cuyos barandales tienden la miserable y sucia ropa. Subid por curiosidad esa escalera, internaos por el oscuro pasadizo en que termina, y os hallaréis de pronto en el centro de un claustro franciscano. Nada ha cambiado allí: grandes cruces azules que parecen teñidas con añil, se destacan en la pared; las puertas de las celdas son muy viejas; hay horneras vacías en cada claustro, como si las imágenes devotas que antes las ocupaban, hubieran ido á coro con los frailes; entra apenas la luz por las remotas claraboyas, y hasta cree percibirse ese olor de madera apolillada y cuero viejo que se percibe en las sacristías y en los conventos. Es un convento sin frailes. El dueño ha hecho de cada celda una vivienda más ó menos incómoda y oscura. La celda precisamente en que yo entré, ayudó por extraña casualidad á mi ilusión. Vivía en ella un francés que ha visitado muchas tierras y guarda como reliquias de sus viajes un número muy grande de ídolos aztecas, de vasijas antiguas, piedras raras, armas, y calaveras y esqueletos. Este museo no está á la vista: guárdalo el propietario en grandes cajas y en estantes cubiertos con un velo. Lo que sí está á la vista, recordando la vida monacal, son grandes lienzos con pinturas místicas que fueron propiedad de otros conventos. Cuando salí de aquella celda, obscurecía. No he visto vecindario más pacífico que el de aquella casa. Los claustros estaban solitarios y cerradas las puertas de las celdas. Si en aquellos momentos y á las inciertas claridades del crepúsculo hubiera distinguido junto á mí la lengua barba y el adusto continente de los trapenses que actualmente están en México, confieso que habría corrido como un niño hasta no dar con la escalera y con la puerta. Aquella casa es la única que conserva todavía el aspecto del con-

vento. En los demás edificios y en las otras fábricas, exceptuando los templos protestantes, quedan muy pocos rastros de lo que hubo en otro tiempo. Yo no sé, por ejemplo, qué había en el sitio que ocupan hoy los nuevos billares. Perteneecía, tal vez, á la capilla de los Servitas ó formaba parte del camposanto. La construcción de San Francisco era por todo extremo sólida y resistente; ved si no el trabajo y dinero que ha costado á los dueños del billar destruir las paredes y tender los arcos. Llegué á creer que aquella obra era interminable, y que si el diablo no la concluía, como acabó la catedral de Strasburgo, tal vez ni nuestros nietos disfrutarían de tan ameno sitio de recreo. Por fortuna no fué así: se allanaron los obstáculos, se vencieron las dificultades, y el lujoso billar abrió sus puertas, no muy preciosas y elegantes todavía, pero bastantes para dar entrada á una turba festiva y halaraquenta. El mejor gusto dirigió la colocación de los muebles y tapices; y las mesas, de finísimas maderas, llenas de incrustaciones y labrados, son lujosas y verdaderas obras de arte. ¡Cuán distantes están estos billares de aquellos en que jugaron nuestros padres! En los pueblos se encuentran aún algunas mesas de aquella época, anchas, enormes, de barandas pétreas, pesadas como las viejas construcciones españolas. Esas mesas me recordan, por una extraña asociación de ideas, el colegio de las Vizcainas. Me parece que están hundidas ó van á hundirse, enterrando sus patas en el suelo. Las bolas tenían dimensiones colosales. Los fabricantes de esas grandes bolas, pudieron imitar á aquel famoso constructor de pianos que, para dar al público una idea de la importancia de su comercio, y de las grandes cantidades de marfil que empleaba en los teclados puso un rótulo que decía como sigue:

Juan Zepeda consume dos elefantes por semana. En los billares de otro tiempo se consumían también dos elefantes. Hoy jugamos con bolas tan pequeñas y esbeltas como Luisa Théo; que obedecen los caprichos de nuestra voluntad y van corriendo sobre el paño verde á manera de duendes enjaulados que buscan la salida de su cárcel. Yo encuentro mucha gracia y mucha belleza en las ebúrneas bolas del billar. Recuerdan los hombros blancos y torneados, de una muchacha de veinte años. La bola roja es la que buscan y persiguen las otras dos. Por eso está ruborizada. Anda de prisa como las costureras honraditas, cuando vuelven á su casa á la hora en que se encienden los faroles. Y las bolas rivales van tras ella, dándose á veces golpes y encontrones.

En la guerra de piña, el drama es diferente. Las treinta bolas, juntas y compactas, aguardan la acometida del contrario. El enemigo es uno, pero inmortal, como la muerte. Acaso, acaso sea la muerte misma. Al primer golpe, las bolas se desagregan y dividen, huyendo en diferentes direcciones. Unas se pegan á la baranda, como mujeres miedosas que oyendo pasos en la alcoba oscura, bus-

can el apoyo de la pared, para defender su espalda. Otras, más arrojadas y bizarras, esperan en el centro de la mesa. Algunas, inocentes é inexpertas, van á ponerse junto á las buchacas. Estas son las primeras que caen. La bola roja, teñida con la sangre de sus víctimas ó marcada con grandes líneas negras, no pára ni descansa un solo instante. Y las pequeñas bolas de marfil, bruscamente impelidas por el monstruo, van á perderse en la obscuridad de las buchacas. Huyen, combaten, se refugian en los rincones más oscuros; pero de nada sirven sus astucias: son treinta esclavas circasianas encerradas en una jaula con el sátiro.

En vano ocultan, unas tras otras, sus desnudos cuerpos, como si las hubieran sorprendido al salir del baño. El sátiro las besa, las posee y las arroja al agujero obscuro que no se llena ni se sacia nunca. De aquella tumba no saldrán jamás los fuegos fatuos ni los espíritus en pena. El marfil no es espiritista. Van cayendo las bolas una á una, y solo se oye el golpe seco de los cuerpos cuando llegan al fondo de la tumba. Nada más peregrino y más feroz que el último combate. De aquellas treinta vírgenes hermosas que corretearon esquivando al sátiro, han muerto veintinueve y queda una. ¿Cómo logró salvarse? Agazapándose, huyendo como una liebre, sorteando las asechanzas del tirano y saltando más ágil que una corza de dos años, por encima de los abismos y barrancas. Pero sus compañeras han caído una tras otra y ya solo ella queda en el estadio. Es fuerza que sucumba. El monstruo brinca, y disparado como un dardo, va á su encuentro. Pero la virgen se defiende, pugna, brega y logra prolongar su resistencia por medio de asechanzas y de ardides. Este combate, cuerpo á cuerpo, es formidable. A veces, cediendo á la fuerza, la virgen va á caer en la buchaca. Pero se agarra con las manos y los pies á los oscuros labios del precipicio y de nuevo se empeña en el combate. Esta es la Lucrecia de las bolas. Tarquino, enardecido por la resistencia, y por la agitación de la carrera, golpea las barandas, como un león los barrotes de su jaula. A veces, ciego y desatentado, se precipita en el abismo. Pero la muerte es inmortal. La bola virgen no encuentra parapetos que la escuden ni astucias que la salven. El monstruo la aprieta formidablemente entre sus brazos y la empuja al abierto precipicio. La guerra de piña es como algunas tragedias de Shakespeare: un solo personaje queda vivo.

Cuando la bola vencedora queda dueña del campo, me parece una imagen perfecta de la muerte. Todos, llegando á cierta edad, decimos como los aventureros de la «Leyenda de los siglos:»

En partant du golfe d'Outrante
Nous étions trente;
Mais en arrivant á Cadix
Nous étions dix.

Partimos de la adolescencia en turba bulliciosa, como niños que en la mañana del domingo, se van á perseguir las mariposas. Eramos muchos; todos jóvenes, todos entusiastas, todos ambiciosos. Después, la vida nos dispersó en diversas rutas. Y cuando la vejez llama con los nudillos á la puerta y volvemos la vista á lo pasado, ya no queda ninguno, ó quedan pocos de aquellos bulliciosos compañeros.

Uno, murió, el primero, peleando contra los enemigos de la patria; otro, bajó á la tumba, cuando la vida murmuraba á sus oídos, ciñéndole amorosamente con los brazos, la frase de Julieta á su Romeo: «No te vayas, no es tiempo todavía;» ese, quedó tendido bajo un árbol, en el sitio del duelo, atravesado por la espada del contrario; aquel halló la muerte en unas cuantas gotas de fría lluvia, caídas sobre otras gotas de sudor, al salir impaciente de algún baile; ese otro puso fin á su existencia; todos han emprendido el viaje eterno, y la muerte, reclinada en el sauce de la tumba, canta para ellos las melancólicas estrofas de Espronceda:

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor;
Y amante doy mi cariño,
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Pero es eterno mi amor.

Cuando nos vemos solos y buscamos inútilmente con los ojos á los alegres compañeros de otros días, oímos las pisadas de la muerte que nos busca y nos acorrala poco á poco. Ya no queda más que una bola en el billar. La humedad del sepulcro entumece anticipadamente nuestros miembros, y la edad nos empuja hacia la fosa. Algunos, los estoicos, aguardan sosegados y tranquilos!

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten,
Que en éste se duerme mal
Y en la otra se duerme bien.

Esa lucha del hombre con la muerte y de la última bola del billar con el mingo que la persigue y que la empuja, es parecida á la lucha de «Carmen» con su amante, cuando éste, desnudando su navaja, la cerca y le cierra el paso hasta matarla. ¿No recordáis con qué extremado arte representaba Capoul esta escena? Parecía una

fiera girando en torno de su víctima, antes de hincar las garras en su carne y de sorber su sangre por la nuca. Capoul es ciertamente quien mejor ha representado ese papel. Tournié era más brusco, más violento, más feroz; pero también menos artista y elegante.

La «Carmen,» traducida hábilmente al español por Alfredo Chavero, ha sido la novedad de esta semana; no perdonó la empresa gasto alguno para montarla con mucha propiedad y mucho lujo. La decoración del primer acto y la plaza de toros en que se desenlaza la tragedia están pintadas con muchísima fortuna. Como corrida de toros, «Carmen» ha sido un éxito completo. Los trajes son muy vistosos y muy propios, especialmente los uniformes militares y los que lucen los toreros. La Srita. Moriones posee la ciencia de vestirse bien y de terciar con mucho garbo su mantilla. Hay, pues, que ir al teatro aun cuando no sea más que por verla, por oír la deliciosa música de Bizet y por presenciar el vistoso desfile de la cuadrilla. Los soldados parten la plaza; los alcaldes, de vara alta, van á ocupar sus palcos presidiendo la fiesta: saíen los picadores á caballo, y capas, banderillas y ayudantes, llenan el redondel todavía limpio. Las mulas que han de arrastrar al toro muerto repican sus sonoros cascabeles. Los caballos caracolean en torno de la plaza, y los espectadores echan al aire sus sombreros y pañuelos. El cuadro no puede ser más animado ni vistoso. Francamente, por los cuarenta y un centavos y dos tercios que cuesta cada función de abono, no puede exigirse nada más.

«Carmen,» en español, continúa siendo una obra esencialmente francesa. La misma España de toreros y bandidos, con trajes más lujosos y más propios; pero con la misma falsedad de caracteres y de observación; la misma España de Dumás y de Gautier; el mismo torero cantando andantes italianos; los mismos trabucos y la misma promiscua confusión de capitanes y tenientes, de majas, de bandoleros y de gente honrada. Yo no concibo ese cuadro español en el que no hay un solo personaje generoso. La tensión dramática es muy grande; el carácter de Carmen sorprende, aunque no encanta, por su energía salvaje y por la fuerza indómita de sus instintos; pero aquellos gitanos y esas majas son figuras de Goya animadas por un espíritu artificial. Esa es la España de exportación y nada más; los muñecos de trapo representando indios salvajes, charros y aguadores, que llevan los extranjeros á sus casas, para decir á sus amigos: «¡Así es México!» El único personaje noble y generoso que hay en «Carmen» es Micaela. Pero Micaela nada tiene tampoco de española. Es una pastora de ópera cómica, una niña romántica que pregunta á las margaritas si su amante la quiere, es Gretchen, ó Cordelia, ó la Caperucita Roja ó Cendrillon.

Cuando oigo hablar á «Carmen» en español, le digo: «no me enaños, yo te conozco bien, eres francesa,» como al pasar por el nue-

vo templo del Corazón de Jesús lo reconozco á pesar del *flux* de cuadros que le han puesto, y exclamo para mis adentros: ¡Santa Inés!

(A MARIETTA.)

Julio 22 de 1883.

Me preguntabas, entornando sabiamente tus párpados de satín color de rosa, el significado de esta palabra exótica: *flirtation*. Eres curiosa, y como el diccionario es indiscreto, no lo han puesto tus padres en la pequeña biblioteca que posees. En este caso, sin embargo, te hubiera sido enteramente inútil. La palabra es novísima y ha entrado á nuestra lengua por la frontera de Inglaterra. Si tú quieres, empleando los omnimodos poderes que yo mismo me he otorgado, le daremos su carta de ciudadanía y su barniz de legalidad, llamándola simplemente: *flirtación*. Al fin y al cabo, ni yo pretendo entrar en la Academia, ni tú me has de reñir con iracundia por inocentes pecadillos de lenguaje.

La *flirtación* es muy difícil de explicar. No puedo recurrir para esta empresa al sabio método objetivo; primero, porque no se flirtea entre nosotros, y después, porque tienes aún muy pocos años para que yo te entere, sin peligro, de ciertos vicios más ó menos solapados. Tú me has oído ese vocablo típico y lo has hallado en no pocas revistas europeas. La extrañeza del término excita vivamente tu curiosidad, y desearías profundizar en poco tiempo su sentido recóndito y oculto. Voy, pues, á procurar, en breves líneas, satisfacer en parte tus antojos.

Alguien ha dicho, no sé si con razón ó neciamente, que la amistad entre mujer y hombre no ha existido; debe de ser calumniosa esta aserción, porque ya tú lo ves—somos amigos, y no te he dicho aún lo que hasta el mismo espejo inanimado te dice siempre que lo consultas: «eres bella.» Yo sí creo que las amistades de ese género son algo desabridas y muy sosas: pueden compararse al agua de Seltz tomada á pasto. Por experiencia propia te lo digo: es muy difícil estar junto á una mujer, jóven y hermosa, sin decirle, bajo distintas formas, que la amamos. Tenemos la pasión á flor de cutis: el más leve contacto es suficiente para que salga y hable sin reparo. ¡Vamos! con decirte que yo conozco á un caballero que tiene necesidad de contenerse para no requebrar á su suegra! ¡Este es el colmo! Nuestro amor no está hecho de una pieza, ni permanece quieto en su lugar. Nos retoza en el cuerpo; culebrea por nuestras venas; y se asoma á las niñas de los ojos, como esas niñas perezosas y mundanas que se pasan los días en el balcón. Puedes llamarle en cual-

quier día y á la hora que te plazca: siempre estaré listo y alerta, como debían estar los mozos del hotel. Somos politeístas en materia de cariño y cada corazón pudiera compararse á esas iglesias que tienen varias capillas y muchísimos altares, cada uno con su imagen respectiva. Los más serios solemos tener un altar mayor; pero aun la santa misma que ocupa el sitio preferente, á veces tiene que ceder el sitio á otras, como los santos de quita y pon, que ocupan el altar mayor de una parroquia, según la fiesta que señala el calendario. ¡Qué quieres! Como dicen los franceses, esto es más fuerte que nosotros.

La conversación, pues, ó se encierra en los límites de la frialdad, más absoluta, ó merodea por las floridas quiebras del amor. Pero eso sí, luego que la conversación llega á ese punto y se enteran los padres ó tutores del carácter que ha tomado, intervienen con celo y vigilancia, para evitar hasta la sombra de un conflicto. Entonces tienen que ocurrir los novios á lo que llaman los españoles «pelar la pava.» El nombre es muy prosaico y muy grosero; pero bastante significativo. Y además, si la frase es española, el hecho á que se aplica es universal. Los amores de Romeo y Julieta, no eran más que amores de balcón.

Pelar la pava, con capa ó sin ella, es un placer corriente y, en el fondo, bastante inocentón. Disfrutan de él los habitantes de los pueblos chicos: en las grandes ciudades ya va siendo imposible. Dentro de algunos años, los únicos que podrán pelar la pava con las muchachas bonitas, son los ángeles. Las casas van subiendo que da miedo, las mismas torres nos parecen bajas de estatura, y el gas, la gasolina y la luz eléctrica, disipando la encubridora sombra de las calles, quitan todo el encanto y la ternura á esos pueriles diálogos de amor. En los cortijos y poblaciones cortas, sí se pela la pava todavía. Allí hay ventanas bajas y candilejos moribundos que, por una rareza incomprensible, dan más sombra que luz. Los novios se dicen mil ternezas, entre las ocho y nueve de la noche, mientras el padre juega á la malilla con el cura. En México no se disfruta de ese placer más que en los barrios y en esa faja privilegiada que se extiende desde el Jardín de San Fernando hasta San Cosme.

La flirtación, cuyo significado me preguntas, no se parece á las inocentes conversaciones de los novios, ni equivalen á lo que llamamos pelar la pava. Primeramente, no se flirta del balcón á la calle. Para flirtar se necesita el palco de un teatro, el canapé de un gabinete de confianza ó la rústica banca de un jardín. Es necesario estar cómodo, bien vestido; la flirtación es un vicio elegante como la sportmanía en el hombre y como la morfina en la mujer. No es absolutamente indispensable que la mujer con quien se flirta sea muy bella; pero sí se requiere que tenga alguna inteligencia y mucho mundo. Casi, puede asegurarse que una mujer no logra flirtar bien

hasta que no se casa y hace un viaje. Las jóvenes de veinte años tienen la preocupación del novio y la preocupación de los listones. Piensan mucho en vestirse y en casarse. Esto quita á la flirtación una parte considerable de su gracia. El hombre que flirta no es jamás un novio, ni mucho menos un aspirante á marido. Si lo fuera, sería tan amartelado y tan cargado como todos los novios de la tierra. El hombre que flirta, se mantiene siempre en los límites de la admiración estética y del amor respetuoso. Cuando á mucho se atreve, besa la extremidad de un guante ó la sedosa punta de los bucles. Pero jamás pasa de allí: el hombre que flirta es un amante de etiqueta que no se quita nunca el frac, que habla siempre de usted y que no pasa de la sala.

Dudo que me comprendas, porque estas medias tintas amorosas no pueden explicarse fácilmente. ¿Sabes tú á qué huele el agua y de qué color es el aire? Pues la flirtación es como el agua y como el aire. Flirtar es querer á una mujer y decírselo en formas elegantes, sin pedirle su corazón ni sus favores. Pero en esto también me explico mal, porque el hombre que flirta no quiere ni desea: gusta de la mujer y nada más. La flirtación es un platonismo encanallado.

La mujer puede amar al hombre con quien flirta; pero nunca se lo dice. Es más aún: desde el momento en que el amor germina en ella, la flirtación pierde su novedad y su belleza. La verdadera y genuina, nada tiene que ver con el amor. Es un placer de epidermis, un juego de raqueta, en que las palabras hacen veces de volantes, un amor que es todo superficie y á cuyo fondo no pueden descender los corazones, porque están huecos. El hombre y la mujer se asoman al barranco sin sentir vértigos; andan por las cornisas del amor, como los gatos van por los tejados sin caerse. Cambian miradas y requiebros y ternezas; pero apenas se separan, olvidan las palabras y los besos mentales. Flirtar es bordar flores con la mirada y con los labios. Es un medio que han inventado las mujeres que no aman, para hacerse la ilusión de que están engañando á sus maridos.

Lo que más se asemeja á la flirtación es el *marivandage* de los franceses. Pero el *marivandage* es una flirtación de chaquira; un bordado minucioso; uno de esos globitos calados que fabrican los chinos y que van unos embutidos dentro de otros. En el *marivandage* se habla de amor descaradamente, rebuscando las frases, redondeándolas con el único fin de parecer discreto é ingenioso. Es el lenguaje vestido de pasión. Para que una mujer se dedique con buen éxito á pintar estos arabescos en el aire, es necesario que haya leído muchos versos y que conozca todos los repliegues del idioma. El *marivandage* equivale á los versos con consonantes forzados. Ya ha pasado de moda; su tiempo fué el de las preciosas ridículas del Hotel Rambouillet. Es un amor de caramelo que empalaga.

La flirtación es más sobria y más original. ¿Has visto á esos gastrónomos que padecen del estómago y no pudiendo saborear sus manjares predilectos, se conforman con verlos en la mesa? Yo conocí á un obispo que iba al Tívoli, y hacía que sirvieran á sus lacayos un opíparo banquete para verlos comer. Pues así son los flirtadores. Conocen los peligros del amor, saben que daña, como las frutas verdes, y se conforman con disfrutarlo desde lejos. Es la pasión de los saciados y los hartos.

La flirtación, pura y sin mezcla, no puede existir más que en su patria: en Inglaterra. En los países latinos degenera inmediatamente en el amor ó en el deseo. Los ingleses son precavidos y pastosos. Aquí, los cañones se disparan solos, y las botellas de Champagne despiden espontáneamente sus tapones. Aquí el amor es una vela que pavesea sobre la tapa de un barril de pólvora. Sin embargo, ya en México se flirta: observa algunos palcos del teatro y algunos rincones del salón del baile. Tenemos tres ó cuatro señoras y señoritas norteamericanas que nos inician en los misterios de la flirtación. Debo advertirte, sin embargo, que la flirtación yankee es mucho más gruesa y burda que la inglesa. Está pintada con pluma de ave.

Por desgracia tú no podrás hacer estas observaciones fácilmente. No concurre á las fiestas del mundo internacional, y tienes el buen juicio de no asistir á las representaciones de la «Guerra Santa.» Yo te hablaré en una de mis próximas revistas de ese mundo internacional que no conoces y que empieza á formarse en México. Habría querido, por ejemplo, que asistieras al baile del 14 de Julio.

* **

Quien no haya visto la alegría que reina en estas fiestas, nada sabe de regocijos ni entusiasmos. El francés despilfarra en una noche el capital de alegría que nosotros gastamos en un año. Deja el comercio, olvida los negocios, adorna con banderolas y cortinas los balcones de su casa; canta, bebe, ríe, va al baile decidido á moverse como se mueven las girándulas, y almacena recuerdos en su memoria, para gozar con ellos en las horas largas del trabajo.

Nosotros paseamos las cuadrillas, moviéndonos acompasadamente con grandes pausas y profundas reverencias. Esta es la cuadrilla diplomática, la cuadrilla de las espinas dorsales inflexibles y de las pérfidas sonrisas. Los hombres parecen figuras decorativas, y las mujeres andan con la solemnidad de un buque de guerra. Las manos se tocan apenas y los pies siguen siempre la línea recta, como los ferrocarriles. Generalmente bailan las cuadrillas todos los hombres que no deberían bailar nada, las matronas que conocieron el

Parián, y los hombres políticos que, por lo común, nunca han bailado. Bailada así, parece una danza de camposanto.

Nosotros concurrimos á los bailes como vamos á los entierros: graves, cejjuntos, dispuestos á tener un duelo si alguien tiene la inadvertencia de colocar su pie sobre el nuestro; los franceses van resueltos á descubrir el fondo de la copa y á bailar con la primer mujer que encuentran disponible, sea vieja ó moza, fea ó bonita . . . ¡nada importa! La alegría rebosa en ellos y les sale por ojos, boca, oídos y nariz. Parece que hablan con las manos.

Sin estos bailes que interrumpen de cuando en cuando la monotonía de nuestra vida, no sabría qué hacer. Los teatros no ofrecen ancho campo á las revistas ni á los juicios críticos. El que se crea con fuerzas suficientes para escribir un juicio crítico de la «Venus Negra», es de seguro el hombre más espiritual que calienta el sol. Yo hubiera preferido escribir como D. Leandro Fernández de Moratín, una oda «al capitán que mandó hacer un plantío de árboles en Valencia» ó una anacreóntica á «Lesbia tocando el arpa,» ó un soneto «á la risa de Cloris.» Pero, indudablemente, aunque me pongan un puñal al pecho, no hablaré de la «Venus Negra» ni de los «Sobrinos del Capitán Grant.» Es una empresa que no acometo. Hércules limpió las caballerizas del rey Augías; pero no hizo el juicio crítico de la «Venus Negra.»

Algunas noches hace, mientras los recomendables actores del teatro Arbeu luchaban con las dificultades de esa obra magna de su repertorio, proponía á mi devota consideración este problema: ¿podré amar alguna vez á una Venus Negra? Un habitante de Mozambique habría dicho precisamente lo contrario: ¿amaré alguna vez á una Venus Blanca? El criterio con que se aprecia la belleza, cambia según los climas y regiones. Lo que es verdad aquí, no es verdad en el centro del Africa. Lo que es bello en China, es horrible en Europa. Los negros dicen que el diablo es blanco.

Si un conquistador africano entrara triunfante en la ciudad de Roma, mandaría que untasen de betún las grandes estatuas. Los ojos de ese hombre no son, pues, iguales á los míos; su cerebro está conformado de una manera distinta: no es mi semejante.

Pero el criterio se modifica y se transforma. Hay flores que transplantadas cambian de color. Hay cerebros que no piensan lo mismo en el Ecuador que en el estrecho de Behring: Un negro arrebatado de Hokanga y puesto en el Boulevard de los Italianos, reforma su criterio con el tiempo. Si lo ponen en Londres, acaba por enamorarse de una rubia muy rubia, ó de una albina. No he visto sapos que miren el sol; pero sí he visto negros enamorados de mujeres blancas.

Ahora bien, ¿ocurriría lo mismo con nosotros si nos aprisionaran en el centro de Africa? ¿Llegaríamos á apreciar la hermosura em-

betunada, como aprecian los negros la hermosura rubia? Verdad es que nosotros ocupamos un lugar más alto en la escala ascendente de la humanidad. Nuestra raza es la eflorescencia de la tierra. Tenemos datos para presumir que nuestro criterio vale más que el de los negros. Pero bien miradas las cosas, ellos dirán lo mismo que nosotros. Aurelien Scholl decía con sobradísima justicia, que el más insignificante diputado no trocaría su importancia por la de un jefe de tribu, como el jefe de tribu, á su vez, se negaría á cambiar su posición por la de un diputado.

Hace pocos días que he comprado una esfera terrestre con ánimo de abarcar bajo mis dedos todos los puntos del globo en que la humanidad se agita. El instrumento geográfico campea sobre su zócalo, en medio de mi despacho, ostentando el fondo azul, donde se destacan los festoneados continentes y las islas marcadas por puntos casi imperceptibles.

Arriba se ve la pequeña Europa, la extendida Asia y el busto de América. En la otra mitad la dilatada Africa, la Australia y la América, desde la cintura hasta los pies. Este último es el mayor de los continentes: divide el mar en dos partes, y recorre el planeta casi de uno á otro polo. Y sin embargo, este gran continente es el último que ha sido descubierto. Parece, por razón natural, que América debía haber sido la destinada á descubrir á Europa. . . ¡y ha sucedido lo contrario! En esto, como en otras muchas cosas, lo más pequeño se ha llevado la palma.

Desde que la esfera me pertenece y tengo la totalidad de la tierra en mi gabinete, mis ideas se modifican. Mido el mar equinoccial, desde Sumatra hasta Guayaquil, y me pregunto qué papel representaría el más opulento y altivo personaje de Europa si le colocaran en uno de aquellos bajíos, y en qué vendría á parar el orgullo nobiliario de algunas gentes, siendo abandonadas en un témpano, en un *ice-berg* al Norte del mar de Baffin. Me imagino en la tierra de la Desolación á los ricos banqueros de las ciudades más comerciales de Europa, buscando mariscos con que saciar su apetito, y concluyendo por devorarse mutuamente.

En aquellas latitudes, los personajes más robustos y orondos adelgazarían, hasta el punto de no tener más que la piel sobre los huesos; y los que acostumbran pagar al sastre cantidades anuales de dos mil pesos, se consolarían allí fácilmente con una mezquina piel de carnero.

Dejemos que el orgullo de los hombres les haga presumir que son iguales á los dioses, y resignémonos á escribir revistas insensatas. Quizá el domingo entrante podamos conversar algo menos monó-

tono y cansado. En ocho días puede cambiar la faz del mundo. Por ahora los teatros están mudos, los salones desiertos y las velas apagadas. El piano duerme bajo su funda de lienzo, y las bugías vírgenes lucen su traje de novia en los dorados candelabros. Los guantes, aprisionados en su caja de ébano, suelen sacar un dedo de cuando en cuando, como si preguntaran: ¿no servimos para nada? El *carnet* de marfil reposa en el escenario, con su delgado lápiz color de rosa pendiente de un listón azul de cielo. Todo calla. Solo se escucha el agudo silbato del escenógrafo, que enseña al público los telones del «Siglo que viene.»

Parece que nos hemos puesto todos un gorro de dormir.

Ha llegado la hora del reposo. Nuestros párpados se cierran: leemos un número de la *Revue des deux mondes* y nos dormimos. ¡Buenas noches!

Tú me dices ¡oh rubia amiga! que estás triste y yo no puedo referirte nada que disipe las sombras del fastidio. Afortunadamente esa tristeza pasa pronto. No se puede confiar ni en el dolor. El niño llora en su cuna porque no pueden descolgarle un lucero que titila en el espacio. Pero un momento después ríe y retoza olvidando sus lágrimas. El hombre es un niño que tiene necesidad de rasurarse. El corazón es un piano que suena según la mano que lo toca.

Déjale abierto y el dolor tocará en él sonatas fúnebres, romanzas elegiacas y misereres; pero que llegue una mozueta de ojos negros, azules ó castaños y verás cómo brincan las notas acariciadas por su mano de princesa, y cómo las severas armonías se truecan en una mazurka de Chapí ó en una galopa de Offenbach. Tú estás en la hora de las sonatas serias y de la música solemne. Deja que vuelva la alegría como esas aves que regresan á sus nidos cuando pasa el invierno.

Agosto 12 de 1883.

Confieso mi crimen: después de leer cincuenta páginas de Michelet, he asistido puntual á tres corridas. He asistido tres veces á ese sangriento drama que termina invariablemente, como las tragedias clásicas, con la muerte del protagonista. Perteneciendo á una sociedad protectora de los animales, he visto tropezar los caballos con sus propias entrañas, salpicando de sangre á los jinetes. Confieso mi delito: he ido á los toros.

Lo primero que se experimenta al encaramarse trabajosamente por las tendidas gradas de la plaza, es un secreto movimiento de terror. Aquella muchedumbre que vocifera, gesticula, pateo, ahulla, formando una especie de gran concierto norteamericano, impone hondísimo respeto. Parece que el tendido va á desquebrajarse y que